

El sentimiento de la historia y los jóvenes⁽¹⁾

POR EL

Dr. Raúl A. Orgaz

¿En qué piensan los jóvenes argentinos de hoy?, podría alguien preguntar, repitiendo, para los hombres nuevos de nuestro país, la interrogación que hace muchos años, en una encuesta famosa, lanzaron dos espíritus agudos de la Francia de comienzos del siglo. La pregunta acaso resultase inocente para el que se atuviese a la psicología habitual de esa edad feliz y despreocupada. "Los jóvenes de hoy —nos observaría irónicamente alguien— piensan, en este país, lo que han pensado siempre y en todas partes, los jóvenes: en la alegría de vivir y de soñar, en las promesas del mañana y en los goces del presente; en la conquista del mundo y en las seducciones de la aventura". Así razonaría nuestro crítico imaginario, guiado por esa representación un tanto somera y equívoca, de lo que es la juventud; pero cuando queremos acercarnos algo más al sentido concreto de nuestra interrogación, advertimos que tras ella late el anhelo por vislumbrar el destino de la civilización argentina de nuestros días. Saber lo que piensan los jóvenes argentinos de la hora actual —en efecto— es conocer el repertorio de las creen-

(1) Primera disertación del ciclo de Conferencias culturales del Colegio Nacional de Monserrat

El orador comenzó saludando a las autoridades, y agradeció los conceptos vertidos, a su respecto, por el señor Rector de la Universidad y por el señor Rector del Colegio Nacional de Monserrat

cias, valores y principios que ellos han recibido de sus mayores, modificado por la acción de los acontecimientos y peripecias de la historia contemporánea, e iluminado por una conciencia histórica reflexiva.

Las generaciones sociales, como empujadas por fuerzas misteriosas, avanzan en la gran cabalgata de la vida, con el ritmo ora tranquilo ora impetuoso, de las olas marinas lanzadas al asalto de los rocas. Todas ellas, en su significación espiritual, proceden de la generación anterior y del momento histórico que las engendra. ¿Será indiferente, para el destino de una nación, que las generaciones recién llegadas al escenario del mundo, las más nuevas, las menos comprometidas en el juego de los intereses y de las pasiones, acepten sin reflexión la herencia cultural que los mayores les transmiten, o que sin reflexión se plieguen, como débiles juncos azotados por el viento, a las sugerencias del instante y a las incitaciones del éxito transitorio? El destino de la patria depende, en cada etapa de su desenvolvimiento, de la adquisición, por sus núcleos juveniles, de una conciencia histórica limpia y clara, capaz de superar la doble seducción de un pasado cuyos errores se ocultan tras la coraza de la tradición, y de un futuro cuya falacia se esconde en la lejanía de las tierras prometidas a la esperanza.

Hacer amar el pasado de la patria no es difícil ni aún respecto del alma del adolescente; hacer comprender su sentido trascendental es tarea incomparablemente más ardua. Al comenzar su aprendizaje en el Monserrat, el adolescente se acerca a los orígenes de la Patria a través de la narración y de la anécdota, y rehace en su ánimo las emociones y las experiencias de los hombres que actuaron en esos tiempos difíciles y gloriosos; pero sólo al final de los estudios adquiere la pureza de visión indispensable para percibir el verdadero sentido de nuestra historia; esto es, la conciencia de lo que significa el pasado de la Nación, de los valores que lo definen, de los sacrificios que evoca y de los deberes que impone. El adolescente aprende a amar la abnegación de Belgra-

no, el desinterés de San Martín, la energía cívica de Moreno, la pasión civilizadora de Rivadavia, el estoicismo de Echeverría; en suma, el espléndido alarde de calidades y virtudes que descubrimos en los fastos de la argentinidad; sólo años más tarde, al despedirse del Colegio, el flamante ciudadano está preparado para percibir que aquel admirable conjunto de calidades y virtudes fué el precio ingente que el pueblo de Mayo pagó para asentar la civilización en el Río de la Plata; que si la abnegación de Belgrano y el desinterés de San Martín nos emocionan, nos importa más la independencia política que esos paladines aseguraron para la República, que si la terrible energía de Moreno y el ímpetu civilizador de Rivadavia encienden nuestros corazones, ponemos, sobre tales cualidades, el amor a la libertad y el culto de la ley, que esos prohombres quisieron difundir; en fin, que si el estoicismo de Echeverría exalta nuestra fortaleza moral, alzamos más aún, en la intimidad de nuestra conciencia, el odio a la servidumbre y el respeto a la eminente dignidad del hombre, expresiones supremas en la escala de los valores de la humanidad.

¿Por qué es difícil, señores estudiantes, que lleguéis, sin renovados esfuerzos, a crearos una conciencia histórica? Lo es, genéricamente, por la consabida inexperiencia de los años mozos y por la psicología de la edad juvenil. El resultado de tal deficiencia suele ser el culto irreflexivo de la tradición, o el ciego sometimiento a las volanderas sugestiones del presente. Para atenuar los peligros de semejante alternativa, personalidades egregias, en quienes la filosofía idealista mira a representantes o apoderados del Espíritu, orientan, en cada etapa del desarrollo de los pueblos, el pensamiento y la acción de las generaciones que se inician; pero a las veces, como acontece hoy en la República, se diría que esas generaciones carecen de maestros, y entonces el problema adquiere verdadera gravedad, pues privadas de la estabilidad que supone la adhesión a un auténtico maestro, los núcleos juveniles se parecen a las plantas marinas some-

tidas al eterno vaivén de las corrientes; la continuidad social —eje del desarrollo de la cultura— se rompe, el porvenir espiritual del país se ensombrece, y se corre el riesgo de abrir un abismo entre los padres y los hijos.

La psicología de los años mozos no se complace espontáneamente con los vastos paisajes de la historia, ni menos en las frías y severas indagaciones del erudito; y el motivo profundo de esta poca simpatía del joven hacia la historia, ha de buscarse en el antagonismo entre la historia y la vida, o mejor, en el antagonismo entre la realidad ya hecha y la realidad que se hace. La única historia que ama y comprende el joven, es la historia que sirve a la vida; y para hacerla servir con eficacia a la vida, le es indispensable crearse una conciencia histórica genuina. La salud de una nación depende, por esto, de la mínima pero indispensable dosis de sentido histórico que logren incorporarse sus últimas generaciones, para ponerlo al servicio de los nuevos problemas traídos por el desarrollo de la existencia nacional.

Hay una manera romántica de entender la historia, que consiste en abandonarse al azar, en esperarlo todo de la magia del destino, en confiar en la omnipotencia creadora de la vida, capaz de hacer salir, sin el concurso reflexivo de los hombres, la paz de la guerra y la organización, del caos; como si la vida pudiese construir con la nada, y como si el mañana fuese otra cosa que la reordenación de los materiales suministrados por el presente. A esa manera romántica de entender la historia, tan propia para halagar el ansia de placeres fáciles que atormenta al hombre moderno, suele correspondér, en los jóvenes, el amor a la aventura y la fe en los impulsos que vienen del corazón; y no hemos de negar que, excepcionalmente, los grandes vuelcos del destino de la humanidad vienen del corazón, y que el corazón desdén a menudo la experiencia, el pasado, las circunstancias, todo, en suma, lo que integra el mundo de la historia; pero también, a menudo, las aventuras del corazón terminan, como en otras aventuras, con el desencanto y la decepción. Pen-

sad, señores, en la trágica aventura de Lavalle, quien, por seguir temerariamente las impulsiones de su corazón y llevar la paz a los pueblos fatigados por la discordia, sepultó con Dorrego el pensamiento orgánico del federalismo, e hizo retroceder veinte años, con el advenimiento de Rosas, la constitución definitiva de la Nación.

Las masas juveniles son las vanguardias de la vida, y la vida necesita de la historia. No podemos reaccionar sobre el medio cultural sin haberlo hecho nuestro; no podemos hacerlo nuestro sin haberlo asimilado, ni asimilarlo sin comprenderlo en su pasado: tales son los eslabones que enlazan la vida con la historia. La ciencia historiográfica, como toda forma de saber teórico, busca objetivamente la verdad, sin preocupaciones pragmáticas extrañas a la ciencia; mas una vez alcanzada la verdad, ilumina los senderos difíciles por donde marchan las naciones, orienta la acción de los núcleos juveniles, disipa el prestigio de los falsos valores, y hace desvanecer los ensueños de restauraciones imposibles.

Hay un pensamiento de Goethe que domina las alturas de la pedagogía histórica, pues puntualiza a maravilla el valor formativo y no meramente informativo que debe atribuirse a la historia como disciplina: "Detesto —escribe el gran poeta— todo lo que no hace más que instruirme, sin aumentar mi actividad o sin animarla directamente". Si la historia se limitase a exhibir fríamente el enlace de los sucesos y la inserción, en las series de acontecimientos, de personajes y héroes, sin mostrar la acción progresiva o regresiva que tales sucesos y personajes imprimieron al desarrollo de los valores —el Bien, la Verdad, la Santidad, la Belleza— perdería todo sentido educativo, y habría incurrido en el reproche que Goethe lanzaba contra la historia desvitalizada. Promover, en el adolescente y en el joven, la adquisición del sentimiento de la historia, o mejor, de la conciencia de la historia, es la tarea capital de maestros y cultivadores de las disciplinas historiográficas; y ¿qué es el sentimiento o la conciencia de la historia? Es la percepción de

que existe una continuidad social que no es lícito quebrar, y en la que unos pocos acontecimientos y sucesos culminantes valen como las señales geodésicas de la marcha de la civilización, en un tiempo y país determinados; es la conciencia del carácter sagrado de la historia, resultante de la suma de sufrimientos, luchas, sacrificios y heroísmos de los hombres que intervinieron, como actores o espectadores, en el gran drama de la humanidad o de la nación; es, en fin, la convicción de que la historia posee una lógica y un sentido que excluyen la arbitrariedad y el capricho, y de que en el páramo de los *hechos* del pasado se alzarán siempre, aquí y allí, los *valores* eternamente válidos, cuya lenta conquista confiere al hombre su inmarcesible grandeza.

La insensibilidad para la historia hace del ciudadano un desarraigado. Quien la padece, puede aún, a veces, ser un alma exquisita, que embellece y decora con sus dones la cultura del medio a que pertenece, como la flor del aire embellece y decora el bosque; pero los árboles del bosque se alimentan del suelo, como los ciudadanos se alimentan de la tradición de su pueblo. La sensibilidad histórica no es siempre, sin embargo, cosa del ambiente o de la educación: de vez en cuando relampaguea entre los oscuros instintos de la masa. Recordad, si no, cómo, por un transitorio desfallecimiento de la fidelidad a los principios de la Revolución de Mayo, los hombres dirigentes del país —San Martín, Belgrano, entre otros— pensaron en la monarquía como solución institucional, y cómo la conciencia histórica, ruda pero fiel, de los caudillos, desbarató esa solución en los campos de Cepeda. Cepeda fué la caída de un régimen de gobierno, pero fué, a la vez, el triunfo de la inspiración inicial de la Revolución.

Por su propio ritmo vital, el joven no está hecho para extasiarse con el pasado, pues las fuerzas espirituales que posee se vuelven, de preferencia, hacia el futuro, y buscan invertirse en la acción. Comprender el mundo no es lo que lo atrae; lo que lo atrae es transformar el mundo. Libre de

ataduras y compromisos, no es todavía un elemento de la enorme y complicada maquinaria social, y siente la atracción de las combinaciones y arreglos de la inteligencia, y el placer tan humano de componer utopías. "Hay necesidad cuando se es joven —escribe Romain Rolland— de crearse la ilusión de que se participa en un gran movimiento de la humanidad; que se renueva el mundo. ¡Se siente uno tan libre y tan liviano! Es fácil ser generoso cuando se puede renunciar a lo que aun no se tiene". Tal es la causa esencial, junto con el impulso a la acción y a la lucha, tan enérgico y vivo en esa edad, del dinamismo de la juventud, y del paralelo desapego que ella siente hacia las cosas de la historia; pero si ese dinamismo ha de poseer un sentido, y si este desapego ha de justificarse como algo más que una mecánica reacción, requiérese encender, en el alma de los jóvenes, el anhelo de mantener y ensanchar la tea que no puede apagarse. ¿Qué importaría que una generación creciese sin maestros actuales, si contase con el auxilio de las presencias invisibles, esto es, con la fuerza moral de los grandes ejemplos del pasado?

¿En qué piensan los jóvenes argentinos de hoy? tornamos ahora a preguntar; no para hacer el inventario de las ideas que amueblan la cabeza de los miembros de la actual generación, en literatura, en política, en filosofía y en moral. No: ese inventario sería fácil, pues en gran parte, los argentinos de hoy, como los de antes, siguen las modas intelectuales europeas. Si comenzásemos así a anotar propensiones y preferencias, perceptibles en los que integran los núcleos juveniles del país, tendríamos que decir, probablemente, que en filosofía, los argentinos gustan ahora de las más atrevidas especulaciones del idealismo germánico, sin comprenderlas muy bien; hacen poesía con las inefables y variadas experiencias de su yo; se inclinan en política hacia un realismo descarnado y elemental; detestan la frase y la grandilocuencia en literatura, y suspiran, paralelamente, por la fijeza y la solidez de las relaciones políticas, y por

la facilidad y la inconstancia en las relaciones familiares. No son, sin embargo, estos ni parecidos diagramas psicológicos los que en este momento nos interesan, sino algo que no es ni puede ser efecto de imitación inconsciente o de moda pegadiza; lo que nos interesa, en suma, cuando preguntamos, qué piensan los jóvenes argentinos de hoy, es conocer si sienten y cómo sienten el pasado de la Nación y aun de la humanidad; qué elementos imperecederos o simplemente valiosos descubren en él; qué acogen y qué repudian en la obra que llevaron a cabo los padres de la argentinidad, en medio de infortunios y sacrificios que hacen resplandecer sus figuras venerables.

No nos disimulemos, señores, los peligros que pueden venir al enseñar la historia por la historia misma; esto es, al enseñarla con total despreocupación por las resonancias espirituales que ella sea capaz de encontrar en el alma de los alumnos. En las horas difíciles de la existencia nacional, requiérese abrir las esclusas de la objetividad científica para que el caudal de la sabiduría histórica almacenada se derrame generosamente, y fertilice con incitaciones y sugerencias, el alma de los jóvenes. Se impinan éstos sobre los hombros de las generaciones adultas, y tienen el deber de avizorar los horizontes lejanos para descubrir los indicios de hostilidad o de peligro. Sabemos que el culto excesivo de la historia paraliza el ímpetu creador de individuos y colectividades, debilita la voluntad y engendra la prudencia, virtud que florece en el atardecer; sabemos también que ese culto excesivo suele conducir al desencanto y al escepticismo por el espectáculo triste de la incesante aparición y desaparición de instituciones, creencias, costumbres y normas arrastradas en el torbellino fatal que hunde civilizaciones, imperios y naciones. Con todo, la historia indispensable para enlazar sólidamente el pasado con el presente y constituir el hogar donde se aquietan y neutralizan las pasiones suscitadas por la lucha cotidiana, es la historia destinada a nutrir el corazón de los hombres nuevos, tanto para no ador-

mecerse románticamente a la sombra de ruinas poéticas pero irreparables, cuanto para no caer en la fantasía de querer conquistar un mañana sin presente.

Sabed, señores estudiantes, que la antipatía aguda y morbosa hacia la historia constituye el *anti-historismo*. No es ya el mero desapego al pasado, casi natural en seres que sueñan con el futuro: es la abierta hostilidad, que se traduce en ceguera para los valores humanos defendidos por las generaciones precedentes. No es aventurado afirmar que hoy atraviesa el mundo por un momento de anti-historismo, y que hay un divorcio —latente o manifiesto— entre las generaciones adultas y las nuevas. Este divorcio de las generaciones, ¿es la causa o es el efecto del antihistorismo? Esto equivale a preguntar si aquel divorcio obedece a factores profundos, o si, a la inversa —sobre todo en nuestro país— responde a influjos transitorios y superficiales. Para esclarecerlo, nada mejor que escudriñar la conciencia social de los núcleos juveniles.

Los hombres tienen, en efecto, al lado de su conciencia propiamente individual, una conciencia social. Toda comunidad, todo grupo posee un principio espiritual que vive en el alma de los miembros de ese grupo o comunidad. "Dos cosas que, a decir verdad, constituyen una sola, forman ese principio espiritual, dice Renán: la una es la posesión en común de una rica herencia de recuerdos; la otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de seguir haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa". El patriotismo no es otra cosa, en última instancia, que ese principio espiritual, pues consiste en la adhesión reflexiva y en el acatamiento fervoroso a los ideales y a las normas que hoy rigen en nuestra comunidad, sustancialmente identificada con los ideales y las normas que quisieron hacer amar y obedecer los fundadores de la Patria. Con diferencias de energía que varían desde el ciudadano común hasta el auténtico prócer, la conciencia social es la imagen íntima de la unidad y perennidad de la vida de la nación.

En "Guillermo Tell", el magnífico drama donde Schiller nos conduce a las escenas campestres del lago de los Cuatro Cantones, con su decoración de cabañas y barcos, de montañas y ventisqueros, de alquerías y rebaños, Stauffacher, al contestar al que le pregunta qué busca en el cantón de Uri, le dice: "Busco el tiempo viejo y la vieja Suiza"; y le responden: "Van con vos, amigo". Idénticamente, el verdadero ciudadano lleva consigo, actuante y fecunda, la imagen de la unidad espiritual de la nación. Cuando la conciencia social es algo más que una suma de fracciones, cuando es una unidad, y cuando esta unidad es algo más que la unidad de apetencias y de impusiones, está regida por la reflexión. Tal exigencia de reflexión es lo que hace preciosa a la historia para orientar y enriquecer la conciencia social. En horas solemnes e inciertas para el destino de un pueblo, los ciudadanos —en especial, los que acaban de incorporarse a la actuación cívica— necesitan hacer un examen de conciencia social para percibir atentamente las sugerencias del sentimiento de la historia, confrontar los valores del pasado con los pseudo-valores del presente, y tratar de descubrir, en los nuevos programas que se les brindan, si, en efecto, contienen los gérmenes de una espiritualidad más pura y de una existencia más armoniosa, capaces de florecer un día en buena voluntad, en concordia fraternal y en simpatía humanitaria. Únicamente este examen de conciencia, cumplido a la luz de la historia, trae la paz del espíritu y disipa los fantasmas del anti-historismo.

Las grandes generaciones argentinas procedieron así, frente a problemas espirituales de magnitud y trascendencia para el porvenir del país. La más ilustre de esas promociones juveniles —la constituida por Echeverría, Gutiérrez, Alberdi, Sarmiento y demás argentinos que se expatriaron para formar lo que el más agudo de ellos llamó "la provincia flotante de la emigración liberal", debió afrontar el problema del saber si debía legitimar, en nombre de la teoría de los hechos consumados, la tiranía de Rozas, o si debía es-

forzarse por descubrir, en la experiencia del pasado, los gérmenes frescos de una reconstrucción de las instituciones, capaz de inspirarse en valores eternos. El pasado inmediato de aquella generación era heterogéneo y contradictorio: tradición colonial y tradición de Mayo; corriente urbana y corriente campesina o rural; porteños y provincianos; unitarios y federales, europeístas y nacionalistas... ¿Qué hacer y qué decidir? Alberdi se encargó de escribir, en 1837, lo que todos sus compañeros pensaban. Dijo: "Nosotros no conocemos más que una sola facción, la *Patria*, más que un solo color, el de *Mayo*, más que una sola época, los *treinta años de Revolución Republicana*. Desde las alturas de estos supremos datos —continúa Alberdi—, nosotros no sabemos qué son unitarios y federales, colorados y celestes, plebeyos y decentes, viejos y jóvenes, porteños y provincianos, año 10 y año 20, año 24 y año 30; divisiones mezquinas, que vemos desaparecer como el humo delante de las tres grandes unidades del *pueblo*, de la *bandera* y de la *historia* de los argentinos. No tenemos más regla que liquidar el valor de los tiempos, de los hombres y de los hechos, que la magnitud de los monumentos que nos han dejado"; y con menos precisión pero con belleza de estilo, Echeverría sintetizó el papel histórico que les incumbía desempeñar, cuando escribió: "He aquí una generación que viene en pos de la generación de Mayo; hija de ella, hereda sus pensamientos y tradiciones; nacida en la aurora de la libertad, busca con ojos inquietos, en el cielo oscurecido de la patria, el astro hermoso que resplandeció sobre su cuna". Esa generación no tuvo tiempo para entregarse a las tareas tranquilas del estudio: vivió absorbida por la acción, a la que consagró los días mejores de la edad venturosa, y sólo en la madurez pudo disfrutar del halago de trabajar en el suelo nativo con la misma pasión que había desplegado en el extranjero, durante los años amargos de la proscripción.

Las épocas difíciles aguzan el sentido crítico de los hombres y afinan el entendimiento. Es como si durante ellas

los espíritus mejor dotados adquiriesen la doble visión de lo inmediato y de lo lejano, de lo circunstancial y de lo eterno. La generación de los proscritos, abrumada por experiencias dolorosas y perseguida sin cesar por el odio del Restaurador, vió con claridad lo que había a toda costa que salvar y lo que podía perderse en la lucha sin tregua. Su sentimiento de la historia no la extravió; y cuando por desgaste natural más que por la acción de las armas, el absolutismo del Luis XI de la Pampa se desplomó en Caseros, esa generación pudo reanudar el trabajo de los hombres de Mayo, y hacer que la civilización argentina se reajuste a los valores y normas que habían proclamado aquellos primeros maestros de idealismo.

¿Queréis acercaros, señores y jóvenes alumnos, a algunas de las formas del antihistorismo contemporáneo? Nadie ha trazado, con mano más experta que la de Benedetto Croce, la diagnosis del sentimiento de aversión a la historia, cuyas formas agudas se advierten desde hace quince años en los núcleos juveniles de algunos pueblos europeos. El ilustre filósofo distingue dos formas de ese sentimiento de hostilidad hacia el pasado: el *activismo* caótico y el *autoritarismo* regresivo. El primero concibe el desarrollo histórico como una sucesión de saltos, y ostenta una "osadía que para no perder su importancia, se hace ciega; adora la fuerza por la fuerza, la acción por la acción, la novedad por la novedad, la vida por la vida, a la cual no serviría de nada conservar sus vínculos con el pasado e insertar su obra en la obra de este mismo pasado, pues concibe la vida como vitalidad pura". La segunda forma, o sea el *autoritarismo*, pone "como ideal, disposiciones que suprimen la iniciativa individual y, a la vez, la concurrencia, la emulación, la lucha, e imponen la "regla"; sea que la regla impuesta resulte de reflexiones nuevas, y se realice en nuevas instituciones económicas, sociales o gubernativas, sea que a esa regla se la vaya a formar en tal o cual período, en tal o cual sociedad del pasado, cumpliéndose así una especie de restanración:

lo que en verdad, es la más flagrante negación de la historia, que, por su propia lógica, excluye las restauraciones". Ambos modos de anti-historismo empiezan a propagarse en nuestro país, y el hecho revela la urgencia de practicar el examen de conciencia social, de que antes se habló, para descubrir lo que hay de real y lo que hay de artificial en esas novísimas tendencias de ciertos sectores de la juventud argentina.

La formación del sentimiento o conciencia de la historia, encuentra obstáculos que deben ser superados, y que — como se vió — arrancan, en parte, de la propia psicología de la edad juvenil, y en parte, de fallas en la educación por el hogar y por el colegio. No olvidemos que la enseñanza secundaria no es, en rigor, preparatoria para ninguna profesión particular, sino preparatoria para el altísimo oficio de ser plenamente "hombre", y que según la doctrina pedagógica, "la edad juvenil es el período del descubrimiento de los valores y de la descomposición entre el valor subjetivo *yo* y los valores del mundo objetivo". Entre estos valores figuran los que corresponden al estilo de organización social y a la tradición del medio a que uno pertenece, y para captarlos e interiorizarlos; requérese un sutil y perseverante aprendizaje, tanto más delicado cuanto más escasos parecen, en ciertos períodos del desarrollo colectivo, los auténticos maestros; esto es, las personalidades sobresalientes capaces de ofrecerse, al alma de los mozos, como doctrina viviente y encarnación de los bienes supremos que es necesario hacer amar en todos los tiempos y países.

El vistazo más superficial permite comprender, en los días que corren, antagonismos y desarmonías entre los respectivos ideales que animan a las generaciones adultas y a las nuevas. En algunos países, esa desarmonía, y el debilitamiento de la conciencia histórica que la acompaña, es efecto de hábil y tenaz prapaganda para apoderarse del alma de los recién llegados al mundo de la acción cívica, como

también de cambios psíquicos traídos por acontecimientos de la política internacional. En otros pueblos, es efecto de *diletantismo* ideológico y de imitación inconsciente, facilitados por fallas de la educación más que por defectos de instrucción y de asimilación cultural.

Respecto de la juventud argentina, el debilitamiento de la conciencia histórica, que en algunos de sus sectores se percibe —la insensibilidad hacia los valores que otrora suscitaron el despliegue magnífico de energías y calidades—, se esclarece y explica cuando vemos actuar a nuestro lado tres especies o tipos de esa juventud; de ellos se diría que son malos conductores de fluído histórico: son los tipos o especies del “frívolo”, del “egoísta” y del “pusilánime”. Estos tipos pueden aún reducirse a dos.

El “frívolo” es el hombre nuevo que se instala en el mundo como ante un espectáculo, para disfrutar de los halagos de la civilización y dejarse vivir. La elevación general del nivel de la existencia, los adelantos de la técnica, la facilidad de las comunicaciones y el auge del deporte —el gran trivializante moderno— convidan a disfrutar de los goces fáciles, y a insertarse inconsciente o aturdidamente, en el gran mecanismo de la colectividad. El filósofo alemán contemporáneo Heidegger, en su análisis existencial, habla de la “existencia trivial”, es decir, de la existencia del hombre que “vive entre las cosas como una cosa más”, perdido en un mundo que le garantiza la seguridad y el bienestar, y que le oculta, con velos engañosos, su propio ser, impidiéndole sentir la angustia de la nada. Sin llegar hasta estas alturas metafísicas, diremos que en la existencia trivial de que aquí hablamos, el frívolo carece de oídos para escuchar las voces del pasado, extrañas a esa porción de la humanidad ávida de regalo para el cuerpo y de despreocupación para la mente.

El “egoísta” repite la cínica frase atribuída a Luis XV o a alguien de su corte: “Después de nosotros, el diluvio” (*après nous le déluge*). Se cree libre del deber de examen

de conciencia con respecto a su calidad de "socio", esto es, de miembro de una sociedad o comunidad. ¿Para qué le serviría adquirir un sentimiento afinado de la historia, reflexionar acerca de las grandes etapas del desenvolvimiento de las instituciones, esforzarse por captar la significación ética del momento en que vive?

El "pusilánime, en fin, es el mismo egoísta; sólo que esta vez el egoísta no se interesa por adquirir conciencia del pasado porque no se siente con fuerza moral para sobrellevar la responsabilidad del presente. Para él, especialmente, parecería haberse creado la definición que del argentino halló Ortega y Gasset: "el hombre a la defensiva"; a la defensiva, claro está, de los afanes y penurias que comporta el mantenimiento de las cosas por las cuales lucharon y sufrieron los mejores varones y las mejores generaciones de nuestro pueblo. En esta variedad del ciudadano egoísta y del joven egoísta, fructifica la moral del "no te metás", consigna criolla recogida por Keyserling como espejo de la idiosincrasia de los argentinos. Así, por la triple avenida de la frivolidad, del egoísmo y del horror a la responsabilidad, desemboca la misma corriente de desapego hacia la historia nacional, de indiferencia a sus enseñanzas, de desdén por el tipo de vida civil que lograron imponer los fundadores de la Nación.

En las horas difíciles que hoy vive la civilización occidental —tan difíciles y oscuras que dañan actualidad a las profecías de Spengler— la misión de los jóvenes argentinos es grave y solemne. A la congénita antipatía que experimenta el individuo mozo hacia la historia que no sirve para la vida, se unen ahora el sentimiento de deserción y de irresponsabilidad a que parecen entregados alegremente ciertos sectores de las novísimas promociones, y la ausencia, real o aparente, de maestros capaces de despertarlos del sonambulismo amoral que los envuelve. No se trata de encadenar el presente al pasado, ni conseguir no sé qué imposible nirvana, ni menos de lograr la servil asimilación espiritual del

discípulo al maestro, como si el verdadero maestro, siguiendo a Renán, no prefiriese, entre todos sus discípulos, a aquel que más inteligentemente se separa de él. Es posible y aún es deseable que las generaciones adultas deban ser rectificadas, en más de un aspecto de la presente organización de las relaciones humanas; pero es necesario que esa rectificación no venga del azar ni del ciego impulso polémico que arrastra a los jóvenes, sobre todo en tiempos como éstos, tan saturados de incitaciones a la lucha por la lucha misma. La humanidad no está destinada a vivir en medio de ruinas, y la reconstrucción de las instituciones deshechas no es obra de la improvisación ni producto de la inspiración, sino fruto de la inteligencia victoriosa.

No existen fórmulas o principios que puedan, de antemano, regir en la historia, para sujetarla a leyes inflexibles: el reino de la historia es el reino de la libertad condicionada, y estas condiciones resultan, en parte, del desarrollo histórico mismo; pero la posesión de una conciencia histórica certera permite presentir o vislumbrar, en medio del tumulto y del estrépito de los sucesos, el nacimiento de una sociedad nueva, menos imperfecta: *incipit vita nova*, y cobrar esperanza y alegría con esas promesas y anuncios de renacimiento, y ¿cómo podrían presentir y vislumbrar este renacimiento los que han perdido la visión de los valores y se hallan embriagados con la vanidosa persuasión de que la historia comienza con ellos?

Cuando los colonos del Río de la Plata quisieron convertirse en los ciudadanos de la Nación Argentina, los promotores del movimiento revolucionario creyeron también que la historia comenzaba con ellos; abominaron el pasado colonial, imaginaron ingenuamente que habían quebrado la continuidad de la vida social, y estuvieron poseídos por ese sentimiento anti-histórico que es inseparable de todo genuino proceso revolucionario; mas este antihistorismo era la máscara de una conciencia histórica robusta, pues los patriotas argentinos vislumbraron y saludaron con emoción albo-

rozada, los nuevos valores que el mundo civilizado de entonces incorporaba en las instituciones; quisieron asociarse a ese movimiento universal, y lucharon para imponer aquellos valores en América. Supieron descubrir, sagazmente, los anhelos de un tipo de humanidad menos imperfecto y más elevado que el que la colonia representaba.

Repetidas veces hemos sostenido, en ocasiones parecidas a la presente, que el criterio para descubrir la legitimidad de los movimientos de la historia, es el que suministra la idea de la personalidad humana, y que el problema total de la cultura se resume, por ello, en la doble conquista de la naturaleza por el hombre y del hombre por el espíritu. El hombre domina a la naturaleza y se domina a sí mismo para dejarse conquistar por el espíritu. Aspira a vivir mejor y a convivir mejor, para desenvolver plenamente lo que hay en él de eterno. Desde este punto de vista, la historia entera del género humano se ofrece como un inmenso proceso de lucha por el reconocimiento del valor de la personalidad, y toda tendencia o movimiento que aparezcan en contradicción con ese valor indestructible, serán sospechosos para una conciencia histórica limpia y sana.

Amar y comprender la historia es empezar a trabajar para el futuro. Acercarse al drama de la humanidad, y aún mirarlo desde la perspectiva de la historia nacional, es rehacer las etapas dolorosas de ese drama, y sentirnos solidarios con los que en él intervinieron como actores. Los episodios capitales del desarrollo de la civilización, forman como las señales geodésicas del largo camino recorrido en la defensa de los derechos de la personalidad. Los valores así conquistados no viven por sí, sino que se nutren de actos cotidianos de adhesión y de fidelidad. ¿En qué medida el mañana que se vislumbra se enlazará con los valores que ayer fueron penosamente adquiridos para el patrimonio moral de las naciones?; ¿en qué medida la lucha por el derecho y por la personalidad se proseguirá para hacer posible el advenimiento de un estilo de vida más armonioso y justo?

Ser jóvenes, señores alumnos, es una gran responsabilidad, y los hombres nuevos de la Nación no pueden volver frívolamente la espalda al deber de revivir la historia para contribuir a crearla. Si lo hacen, corren el peligro de mirar la historia como una inmensa mascarada sin sentido; la libertad y el espíritu que la engendra, como fuegos fatuos o sombras vanas; la persona, como cosa; el sentido de la responsabilidad, como experiencia inútil o perjudicial; la existencia humana, en fin, regulada y planificada como una enorme administración industrial. Estarán entonces a un paso de olvidar que al carro triunfal de la civilización en marcha, pueden ser atados todas las cosas y todos los setes, desde el rayo celestial a la fiera de los bosques, menos el hombre mismo, en cuyo espíritu duerme un dios.